

Miscelánea



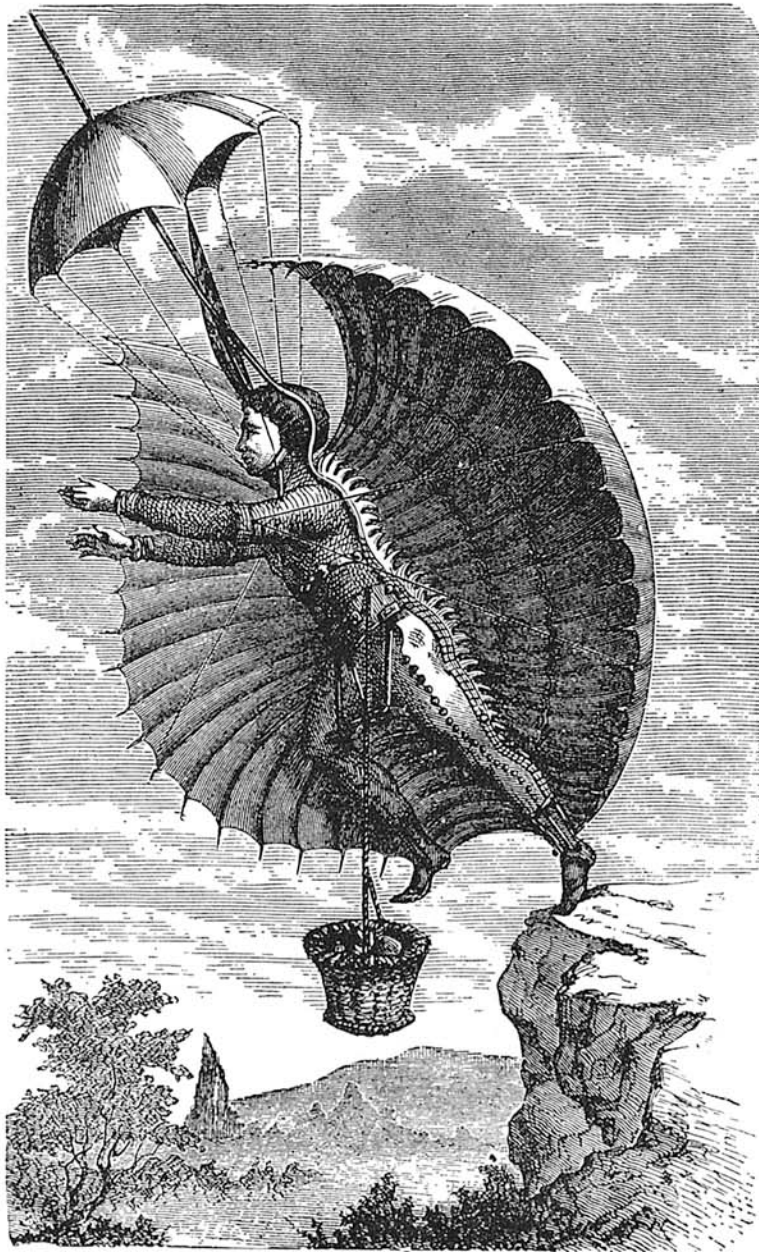
De lo vivo a lo pintado

(Número 10)

Por el Capitán Auditor
JOSE MARIA GARCIA ESCUDERO

Los hombres pájaros

Dicen que si Leonardo construyó alguna vez —algunas veces sería, digo yo— diversas figuras huecas que, infladas con aire caliente, se balancearían pesadamente en su habitación, en una especie de sombrío e impresionante concilio de fantasmas, capaz, a buen seguro, de poner un tanto de temblor en el ánimo más templado. Eso podrá tener, como se ha dicho, no poco de interesante en cuanto relativo al invento que habían de hacer, siglos adelante, los Montgolfier; parece serlo, y no lo es, con respecto a la materia que en este número de "De lo vivo a lo pintado" me propongo tratar. Pues si los hombres, también, pudiéramos sentirnos tan vacíos por dentro como para inflarnos a voluntad con aire caliente y así volar, hombres-pájaros real y verdaderamente, la adivinación de Leonardo nos sería, a ese efecto, de indiscutible utilidad; pero es el caso que, pese a cuanto malignamente po-

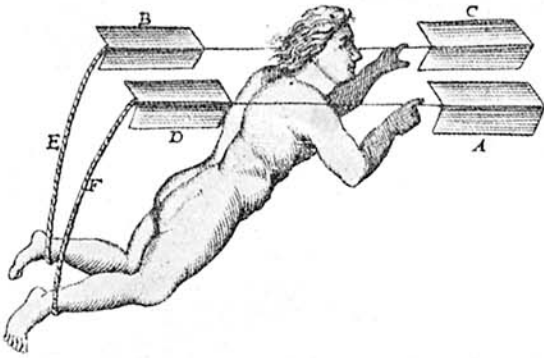


"El hombre volante", de Restif de la Bretonne.

(De *Wonderful balloon ascents*, versión inglesa de la obra de F. Marion.)

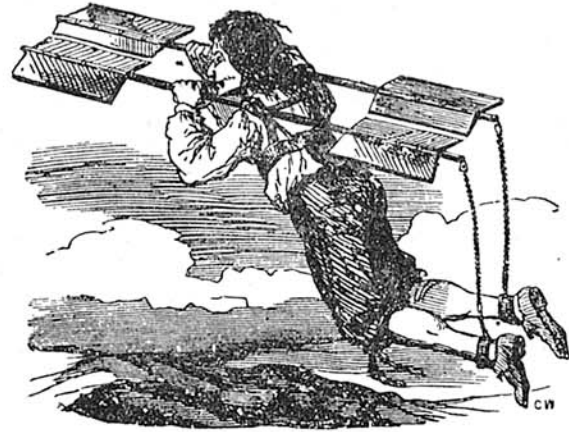
damos a veces decir sobre la interior vaciedad de tales o cuales de nuestros semejantes, ello no es así; y que, por ello, será preciso buscarnos otros derroteros si es que queremos volar por sí solos y no dentro de cualquier aparato, más o menos perfeccionado, llámese globo, llámese aeroplano, sea más, sea menos pesado que el aire.

Pero, ¿por qué medio? ¿Qué tal ese que os brindo en el grabado adjunto? Es lástima que desde que un cierto Restif de la Bretonne lo inventara, va para dos siglos, nadie haya parado la atención en él, como no sea con una leve sonrisa de conmiseración en los labios; porque, sin embargo... La cosa es lógica, ¿no? Es así que los pájaros vuelan; es así que los pájaros tienen alas y que el hombre no las tiene; *ergo*... Fabricémosle unas. Y ahí las tenéis, amplias y estéticas; algo más, por supuesto, que la cesta de las provisiones colgada del cinto y que esa especie de paraguas adosado a la cabeza, que no es un paraguas, ni aun un embrionario paracaídas, sino un ala con resorte, según se nos dice en alguna parte, pero que en cual-



Dos grabados del aparato de Besnier.

(De la *Histoire de l'Aéronautique*, de Dollfus y Bouché, y de *Un drama en los aires*, de J. Verne.)



quier caso podría suministrar a nuestra irremediable frivolidad motivos muy serios de meditación, pues es incuestionable que aun para los más vulgares y terrestres menesteres de la defensa contra la lluvia, un paraguas adosado a la cabeza resultaría harto más llevadero que el que solemos manejar tan dolorosamente a veces para la visión del prójimo. La obra de Restif fué *La découverte australe par un homme volant*, y, según podéis ver, fué el autor de sus grabados lo bastante atento para proporcionarnos un fácil examen del mecanismo por todas sus partes. ¿Descubris su secreto? Pues el que nadie, después de él, haya volado, me induce a creer que su aparente sencillez es sólo pantalla de un misterio aún desconocido. La cosa, por lo demás, no es nueva. Ni con los dedos de las dos manos tendréis bastante para ir contando los vuelos logrados por el hombre y nunca después repetidos... ¿Qué? ¿Que soy excesivamente crédulo? ¿Que mezclo alegremente lo real con lo ficticio? ¿Que lo doy todo por bueno? Bien, puede ser; pero es que si no, tendríamos que llegar a la conclusión de que el hombre no había podido volar por sí solo, y esa conclusión, ¡es tan penosa! Porque recordad. Hechos reales: el sarraceno que se tiró desde la torre del hipódromo de Constantinopla y a quien “su traje muy largo y muy grande, y del cual los faldones se extendían sobre un armazón de mimbre, le preservaron de una caída repentina”; el otro sarraceno de quien hablan Vindel y Díaz Arquer, que voló ante Abderramán en el siglo IX; el escultor irreverente, autor del coro de la catedral de Palencia, que, encerrado por el Cabildo en lo alto de una torre, se lanzó de ella vestido con plumas de cigüeñas y otras aves, y se mató, esto por el siglo XV... Prescindamos de que resultara mal. En los siglos XVII y XVIII el ardid volvió a emplearse y con mejor resultado; pero es que eso no es volar, como no lo es descender en paracaídas. Y los que volaron... En el siglo XV, Juan Bautista Dante, matemático de Perugia, “que no debe ser confundido con el poeta, cuyas alas eran de otra clase”, como dice, no me atrevo a decir que ingeniosamente, F. Marion, lo intentó, y, según parece, se rompió un muslo; siglos atrás, el año 1060, Oliver de Malmesbury, benedictino, a quien se considera-

ba “dotado con el poder de profetizar”, si bien, “como otros en circunstancias similares, no fué capaz de adivinar el destino que le esperaba”, según vuelve a puntualizarse en *Wonderful balloon ascents*, versión inglesa que es la única de que dispongo de la obra del francés Marion, se construyó unas alas al modo de las de Dédalo, merced a las cuales se rompió las piernas, quizá, como él decía, por no haberse añadido un rabo; y no creo que tuvieran real éxito ni Bernoin, en Francfort, en 1673, ni un campesino ruso en 1680, ni Du Perrier, de la Comedia Francesa, ni el bailarín de cuerda Alard, ante Luis XIV, ni menos el Marqués de Racqueville, “hombre un poco loco, pero de mucho ingenio”, leo en Dollfus y Bouché, y de más de sesenta años, es cosa de agregar, que se lanzó desde una ventana de su hotel, dispuesto a atravesar el Sena, sin más resultado que aterrizar sobre el estrépito y la burla de un bote lleno de lavanderas. Real fué también el intento, en 1678, de Besnier, del que os presento dos grabados, un poco con el inconfesado diseño, quizá, de emular a Goya, y que, con su ingenio, “voló primero desde un taburete, después desde una mesa, luego desde una ventana y al fin desde una boardilla, desde la cual pasó por encima de las casas vecinas, moderando después el movimiento de su máquina y descendiendo suavemente a tierra, “según la descripción del *Journal de Paris*, que copió de *Wonderful balloon ascents*. Pero, ¿qué queréis? Yo, tan crédulo, no acabo de satisfacerme, ni con eso ni con los vuelos—yo diré, descensos—de John Childs, en 1757, en Boston; quiero vuelos verdaderos, y puesto que éstos no me satisfacen, y de los Glums y Gawris, hombres y mujeres alados, de que nos habla Robert Paltock en *Los hombres volantes*, publicada en 1763, carezco por hoy de puntual noticia, me quedo con el “homme volant” de Restif de la Bretonne, de quien estoy cierto que voló y sin fallo conocido, ni brazo o pierna estropeado; y además—y vaya esto como razón decisiva—más pintorescamente que el protagonista de *Un descubrimiento prodigioso*, de Verne, que voló, sin duda, pero con abrigo, botas y sombrero hongo, cosas todas harto prosaicas y sin posible parangón con las alas armoniosas y el discreto quitasol del héroe de Restif, como espero que todos reconozcáis.

